

Capítulo: La Cena de Reencuentro

Gabriela miraba la pantalla de su móvil, ligeramente nerviosa. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que vio a Laura, una amiga que había conocido años atrás en uno de sus primeros viajes a Argentina. Ambas compartían un espíritu errante, una búsqueda constante de algo indefinido. Ahora, después de intercambiar mensajes durante semanas, Laura le había dicho que estaría en España, y Gabriela no dudó en invitarla a conocer el Hotel Marigold.

—¿Qué te parece una cena aquí en el hotel? —le había escrito Gabriela, ilusionada por la idea de compartir este rincón especial del mundo con su vieja amiga.

La respuesta de Laura fue rápida y entusiasta: "Me encantaría. Hace tiempo que no encontramos un lugar donde simplemente estar."

La tarde de la cena, Gabriela se encontraba en el comedor del Marigold, preparando todo para la llegada de Laura. Había hablado con algunos de los residentes habituales, incluyendo a Carmen, Raúl, Sofía, y Ginés, y todos parecían encantados de unirse a la cena.

—Es emocionante recibir a alguien de fuera —comentó Carmen mientras ajustaba una flor en el centro de la mesa, con su elegancia habitual—. Espero que Laura disfrute del ambiente aquí tanto como nosotras.

Gabriela asintió, agradecida por la hospitalidad de todos. En ese momento, la puerta principal del hotel se abrió, y al girar la cabeza, vio a Laura entrando. Estaba prácticamente igual que la última vez que se vieron, con su cabello desordenado por el viento y esa sonrisa amplia y sincera que siempre iluminaba su rostro.

—¡Gabriela! —gritó Laura al verla, y corrió hacia ella para abrazarla con fuerza.

—¡Laura! —respondió Gabriela, devolviéndole el abrazo—. No sabes lo feliz que estoy de que hayas venido.

—Y yo de verte aquí —Laura se apartó un poco para mirar alrededor—. Este lugar... es exactamente lo que imaginé que te encantaría. Tiene algo mágico.

Gabriela sonrió, satisfecha de que Laura percibiera lo que ella misma había sentido al llegar.

—Vamos, te presentaré a los demás —dijo Gabriela, tomando la mano de Laura y llevándola hacia la mesa.

Carmen fue la primera en saludar, con esa calidez tranquila que siempre irradiaba.

—Bienvenida, Laura. Soy Carmen, encantada de conocerte. Gabriela nos ha hablado de ti.

—El placer es mío —respondió Laura, devolviéndole la sonrisa—. He oído mucho sobre este lugar, pero nada como estar aquí.

Después, llegaron los demás. Sofía, con su energía inagotable, le lanzó un abrazo a Laura, a pesar de que apenas acababan de conocerse. Raúl, más reservado, le estrechó la mano con una mirada amistosa. Finalmente, Ginés, con su habitual toque de humor, se presentó con una pequeña broma.

—Soy Ginés, el payaso oficial del hotel. No te preocupes, solo hago reír cuando me lo piden. O cuando no —añadió con un guiño.

Laura se rio con ganas, sintiéndose ya a gusto entre los nuevos conocidos.

La cena fue servida por el catering habitual del Marigold. Era una comida sencilla pero deliciosa: crema de calabaza, risotto de setas y una selección de postres caseros. Mientras los platos iban y venían, la conversación fluía con naturalidad. Laura compartía anécdotas de sus viajes recientes, sus aventuras en Asia y cómo, tras años de movimiento, empezaba a sentir la necesidad de encontrar algo más permanente.

—Creo que, después de tanto vagar, uno busca un lugar donde simplemente estar —dijo Laura mientras tomaba un sorbo de vino—. No siempre es fácil encontrarlo, pero es como si el cansancio te obligara a replantearte lo que realmente necesitas.

Gabriela la miró y asintió.

—Es lo que me trajo aquí. El Marigold tiene ese algo... un espacio donde puedes descansar sin sentir que estás renunciando a la libertad. Como si el movimiento, al fin y al cabo, fuera una forma de evitar estar quieta.

Carmen, que escuchaba con atención, intervino.

—Ese es el secreto del Marigold. No es un refugio porque estemos huyendo de algo, sino porque nos permite encontrar lo que queremos en un lugar común, pero sin dejar de ser nosotras mismas.

Laura sonrió, mirando a Gabriela.

—Es justo lo que necesitamos. Un espacio de tranquilidad sin las expectativas de fuera, sin la presión de "hacer" o "demostrar".

Ginés, siempre dispuesto a aliviar cualquier posible momento de introspección profunda, hizo su entrada triunfal.

—Bueno, todo eso suena muy bonito, pero que quede claro: aquí también reímos. Mucho. Ya sabes, por si alguien necesita un poco de caos en su paz —dijo, agitando las manos como si estuviera ejecutando un truco de magia invisible.

Las risas estallaron en la mesa, y el ambiente se alivió de inmediato. Gabriela miró a Laura, sintiendo que su amiga comenzaba a comprender lo que ella había encontrado en este lugar. La cena continuó entre risas, anécdotas y charlas animadas.

Al terminar el postre, Laura se inclinó hacia Gabriela.

—Estoy contenta de que me invitaras. Aquí, con todos ustedes, siento que he llegado a un lugar donde, por primera vez en mucho tiempo, puedo simplemente... existir.

Gabriela la miró, conmovida.

"Laura pensaba que ese día se había despertado con la seguridad que todavía no había llegado al destino.

Que el camino seguía.

Toda su vida había viajado, nunca había vivido en el mismo sitio más que unos pocos años.

Siempre le había gustado, y tenía amigos en muchos lugares, nunca de sintió sola.

Estaba feliz, pero siempre pensaba que esto se iba a acabar en algún momento, que todas las aventuras las había hecho para al final encontrar 'su sitio' en el mundo.

Los años pasaban y se empezó a inquietar. Se hacía más mayor, y toda la gente a su alrededor ya habían encontrado 'su sitio'. Se puso muy triste.

Hasta que realizó que todos estos años ya había estado en 'su sitio'.

—Ese es el mayor regalo del Marigold. Aquí no hay nada que demostrar, solo estamos.

Cuando la cena llegó a su fin, y los residentes comenzaron a despedirse uno por uno, Laura se quedó unos minutos más junto a Gabriela en el comedor vacío.

—Quizá no sea el final de nuestros viajes, pero siento que este es un buen lugar para detenerse un rato —dijo Laura, mirando a través de las grandes ventanas que daban al jardín.

Gabriela sonrió, mirando hacia el mismo punto, pero ya no viendo el jardín, sino el camino que había recorrido hasta llegar aquí, y sintiendo la certeza de que había hecho lo correcto.

—Tal vez. Pero, por ahora, estamos donde debemos estar.

Ambas amigas compartieron una mirada de complicidad antes de retirarse a sus habitaciones, satisfechas no solo por la buena comida y compañía, sino por haber encontrado en el otro el reflejo de su propia búsqueda.

:Laura (Francia) Mercat de Pagès del Eixample Esquerra. El 10/10/2024